

# El caballero Gluck

según E. T. A. Hoffmann

(2 de 2)

por Otto Cázares

**H**abían pasado más de 20 años de la muerte del compositor Cristoph Willibald von Gluck, cuando el escritor del romanticismo alemán Ernst Theodor Amadeus (E.T.A.) Hoffmann se lo encontraba paseando a la sombra de los árboles de un zoológico. Estos encuentros del verano de 1809, que bien podríamos llamar ‘encuentros póstumos’, quedaron consignados en el cuento de Hoffmann *El caballero Gluck*.

El Gluck que deambula por el zoológico en el relato hoffmanniano presupone al Gluck cazador de toda savia: incansable perseguidor de la esencia musical [ver *El caballero Gluck según E.T.A. Hoffmann (1 de 2)* publicado en *Pro Ópera* en septiembre-octubre de 2013]. Pero, en realidad, hay muy poco del verdadero Gluck en el personaje de Hoffmann y mucho de autorretrato; es decir, hay mucho más romanticismo en la visión del personaje de Hoffmann que el sobrio clasicismo que fue sello del carácter y del estilo musical de Gluck en la realidad histórica.

En *El caballero Gluck*, el compositor de *Orfeo ed Euridice* es sujeto de estafalorios comportamientos. De repente, como “una extraña manifestación de su raro talento”, Gluck comienza a cantar a voz en cuello y en plena plaza pública los coros de sus dos *Ifigenias* (en *Áulide* y en *Táuride*). O se pone a dirigir con fogosa pasión a una orquesta de improvisados musicastros sobre la banqueta. En una ocasión, Gluck y Hoffmann daban un paseillo por las sombras frescas de unos tilos. Entonces Gluck le hace una confesión. Acepta vivir en el “País de los sueños, donde las flores cantan y lanzan al aire un cáliz de notas musicales”. A continuación, desarrolla una teoría cósmica acerca de la música en la que el Sol es el tritono, las estrellas son los acordes y las cuerdas son de fuego porque incandescentes ayudadas por las estrellas: de este modo, Gluck explica un magno y universal instrumento musical. Y es que en verdad, *El caballero Gluck* hoffmanniano es un San Sebastián atravesado por las saetas del inefable misterio de la música, porque, a veces, y sólo en momentos verdaderamente iluminados, Gluck padece del éufono; es decir, de alucinaciones auditivas —verdaderas irrupciones de la Musa— que le hacen oír hermosísimas melodías. Cuando Gluck escucha el éufono, se levanta de un salto de donde esté y desaparece del lugar brincando y bailando.

En un momento, el caballero Gluck desea abandonar las agradables sombras de los árboles del zoológico. Invita a Hoffmann a que lo acompañe a su estudio. En medio de la estancia había un gran piano y sobre él, un tintero. “Voy a tocar para usted”, dice Gluck, y enseguida se dirige al librero y saca un volumen que en el lomo dice *Obras Completas de C. W. von Gluck*. El compositor abre el tomo que, para sorpresa de su acompañante, se trata de un libro ¡completamente en blanco! “Usted vaya pasando las hojas, ¡pero en el momento adecuado!” ordena Gluck. El músico comienza a tocar el piano y Hoffmann va pasando las hojas del libro en blanco según la mirada del intérprete. ¡Maravilla de imaginación hoffmanniana! ¡Las hojas en blanco de las *Obras completas* quedan indelebles en el libro de la memoria del lector!

Después, Gluck sale del estudio y deja a Hoffmann a solas en la habitación. La tarde ha caído así que Hoffmann permanece en penumbras, espera rodeado de un silencio ciego. ¿Qué piensa Hoffmann en el cuarto oscuro? Yo no lo sé. Quizá piensa en la savia



Hoffmann en Bamberg, donde vivió entre 1808 y 1813  
Acuarela de Hans Liska (1907-1983)

humana expresada a través de la música. Tal vez acuden a su mente esas flores cantoras del País de los sueños de las que le habla el estafalario músico del éufono. Sólo más tarde reaparece en el umbral del estudio el Caballero Gluck. Hoffmann no puede hacer nada más que lanzarse a sus brazos. Abrazando a Gluck, Hoffmann abraza al tallo de la savia humana.

El relato *El caballero Gluck* de E. T. A. Hoffmann aparece en un libro de cuentos de título *Fantasías a la manera de Callot*. La experiencia musical, vivida a través de Gluck, es iniciática, porque inmediatamente después de este cuento aparece una serie de relatos cortos alrededor de la figura de Johannes Kreisler: un extravagante compositor que escribía piezas que luego dejaba sin ejecutar o sinfonías completas destinadas a las brasas del fuego. Kreisler desaparece sin dejar más rastros que la estela de una bella locura. En algún punto de los *Recuerdos de mi vida*, Richard Wagner acepta haber buscado —sin encontrarlo— a un Kreisler como maestro. Quizás Hoffmann, en el cuarto oscuro en el que lo dejó Gluck, se convirtió en Johannes Kreisler. Al dejar a Hoffmann a la merced de la oscuridad, le mostró la luz de su locura. Todo cuarto oscuro es iniciático: abre umbrales de la sensibilidad. Un cuarto oscuro transforma, revela: eso lo sabe cualquiera que haya practicado la fotografía a la antigua usanza.

La cámara oscura reveló en E. T. A. Hoffmann —escritor, pintor y caricaturista— al compositor musical. ●